

GEORGE SMITH Y LA BIBLIOTECA DE ASHURBANIPAL

POR JUAN OLIVA
Universidad de Castilla-La Mancha
Ciudad Real

BIBLID: [0571-3692 (2003) 53-66]

En diciembre de 2001, el Prof. Córdoba (Universidad Autónoma de Madrid) tuvo la gentileza de invitarme a participar con una conferencia sobre “George Smith y la Biblioteca de Ashurbanipal” en la *III Semana Didáctica sobre el Oriente Antiguo*, organizada por el Centro Superior de Estudios de Asiriología y Egiptología de la UAM.

Me propuso dicha charla en el marco del Seminario Walter Andrae del citado centro, encargo que acepté con mucha ilusión, he de decir también que con todo el respeto, porque esta propuesta me permitía recuperar y rememorar humildemente (ejercicio que hoy traslado aquí a nuestra Asociación) uno de los capítulos más apasionantes no sólo de la historiografía contemporánea, sino también de la construcción de la ciencia asiriológica.

Si es verdad que a excepción del Egipto faraónico en muy escasos espacios de nuestra cultura mediática –menos aún en España– se presta suficiente atención a las civilizaciones de la Antigüedad, con menos esperanza puede uno aguardar espacios de mayor o menor calidad dedicados a la civilización de la antigua Mesopotamia. Este desconocimiento y olvido específico, que encuentra su justa correspondencia en general en la mayoría de nuestras universidades,¹ condiciona ya de entrada nuestra visión del pasado más remoto de esas regiones, escenario hace muchos siglos de las más altas cotas de civilización.

Por otra parte, el tránsito del siglo XX al XXI nos hace testigos de un tiempo sumamente violento en esa amplia zona del Oriente Próximo (especialmente Palestina e Irak), ojo del huracán de grandes tensiones mundiales, que determinadas voces tratan de presentar casi diariamente en clave de amenaza para “la civilización”.

Lo cierto es que puede detectarse con claridad un profundo desconocimiento de la región, que la imagen occidental típicamente “orientalista”

¹ La especialidad brilla por su ausencia salvo honrosas excepciones y diversas asociaciones que empiezan ahora a multiplicarse, especialmente las dedicadas al estudio del antiguo Egipto.

del Oriente Próximo sigue siendo permanentemente manipulada,² y que se desliza a diario dentro de nuestras casas, a través de los diversos medios de comunicación, una lectura interesada y ya digerida, para que el espectador oyente-lector (en general sujeto pasivo y poco informado) solo tenga que asumirla como verdad contrastada.

Dicho sea de paso, ya que me detengo en esto, que dejar caer bombas en Irak por resoluciones de dudosa legitimidad, como viene sucediendo prácticamente a diario desde el final de la Guerra del Golfo, no sólo asesina impunemente a personas inocentes en un país bloqueado. También pone en peligro, por diversas vías, el formidable patrimonio histórico de dicha región que, precisamente, desde las potencias coloniales se ha considerado tradicionalmente como legado universal de incalculable valor. Pero no es nuestra misión señalar aquí argumentos ya archisabidos por los estudiosos del “Oriente” en todas sus variedades (el asunto es demasiado complejo), sino más bien concentrarnos precisamente, sin menospreciar en modo alguno el presente, en su maravilloso legado.

Sobre este legado, sobre la necesidad de protegerlo y de conocerlo mejor en cooperación con quienes lo administran dentro o fuera del Oriente Próximo, es sobre lo que se pretende abundar aquí recordando, desde la más profunda modestia, la figura de George Smith y la Biblioteca de Ashurbanipal.³

*

El descubrimiento de la fascinante y compleja civilización mesopotámica, hoy debiera más bien considerarse en rigor: Civilización del Asia Anterior Antigua, no lo debemos sino a una esforzada competencia que, desde mediado el siglo XIX, sostuvieron franceses y británicos en el Oriente Próximo como consecuencia de sus respectivas ambiciones coloniales en dicha región. De este origen parte el nacimiento de la Asiriología como rama específica de los estudios de Antiguo Oriente, acontecimiento al que pertenece precisamente la labor de George Smith al final del siglo XIX.

Prácticamente sólo en algún espacio documental de excepcional calidad, no en vano preparado y supervisado por especialistas⁴, se ha rendido

² Cosa ya demostrada por la magnífica obra de E. Said, *Orientalismo*, Madrid, 1990.

³ El asunto está, además, de plena actualidad. Mediante el 47 Rencontre Assyriologique Internationale de Helsinki, la Universidad de Mosul ha dado recientemente a conocer el proyecto: “Ashurbanipals Library Project”, junto con la creación de un Instituto de Estudios Cuneiformes.

⁴ Me refiero en concreto al espléndido documental: *Érase una vez Mesopotamia*, presentado por ediciones Gallimard, 1999, bajo la dirección de J. Bottéro.

justo homenaje a la figura, por otra parte bastante desconocida para el gran público, de George Smith, quien, hacia 1870, no era sino un hombre de la ciencia de su tiempo: en virtud de las pocas fotografías que de él se conservan en el Museo Británico (Londres), se diría que era por aquel entonces un hombre muy joven a pesar de lucir una larga barba decimonónica, tal vez de cierta inspiración asiria.

Pero quiero empezar esta recreación y homenaje a la figura de George Smith desde el principio, y este principio no es aún George Smith sino más bien la Biblioteca de Ashurbanipal.

LA BIBLIOTECA DE ASHURBANIPAL

Cualquier conocedor de la historia antigua de Mesopotamia sabe que Asiria debe su herencia cultural a Babilonia, y que Babilonia, a su vez, debía su apabullante patrimonio cultural e intelectual al maravilloso legado de la Civilización Sumeria. De modo que la búsqueda del conocimiento por los asirios, ese particular “viaje a la luz”, por emplear aquí las palabras del eminente sabio árabe-murciano Ibn Arabí, dirigió siempre su mirada hacia el sur. Y esta fue justamente la mirada de Asiria, una mirada al sur, sobre todo –claro está– dirigida por parte de la elite intelectual asiria, ávida de reflejos y referencias culturales.

Babilonia era por tanto el modelo a seguir y este reconocimiento de Babilonia como madre cultural causó que el vehículo de dicha herencia, los textos de la tradición culta encontrados en Asiria, no sean, en general, sino préstamos de origen babilónico. El ejemplo más elocuente de este préstamo cultural es la gran colección de textos de la Biblioteca Real de Nínive, que no es precisamente sino la Biblioteca de Ashurbanipal, hoy custodiada en el Museo Británico.

Había en realidad más de una biblioteca, según se puede deducir de algunos colofones de los textos encontrados: Que se sepa, había una biblioteca del palacio y al menos una biblioteca del Templo de Nabu, el dios escriba del panteón mesopotámico. Sin embargo, como la totalidad de este material estaba al parecer controlada directamente por el propio Ashurbanipal, y además todo el conjunto documental forma parte de la misma colección en los inventarios del Museo Británico, se habla habitualmente de una sola biblioteca.

No obstante, eliminando textos que ni siquiera proceden de Nínive en la colección, descartando documentos económicos y administrativos que en realidad deben proceder de otros archivos, y dejando de lado varios miles de pequeños fragmentos aún sin catalogar y los duplicados de obras, se estima que la Biblioteca de Ashurbanipal tendría quizá entre 1000 y 1200 obras diferentes.

Hay que señalar que la formación de bibliotecas en Asiria no fue en modo alguno mérito exclusivo de Ashurbanipal. Se sabe, por ejemplo, que hacia 1100 a.C. Tiglat-Pileser I ya había establecido una biblioteca en un templo de Ashur, y esta práctica pudo muy bien haber continuado con sus sucesores. Sí cabe atribuir en cambio a Ashurbanipal la imagen ideal del rey ilustrado, porque sí vemos en él al monarca personalmente preocupado por fundar y completar una biblioteca en la que se reuniera todo el conocimiento y la cultura de la época. Un bello testimonio de este interés se encuentra, por ejemplo, en una carta del propio Ashurbanipal a un súbdito, en la que le expresa:

“Mandato Real a Kudurranu:

¡Que te vaya bien y tu corazón esté satisfecho! Cuando recibas esta carta, toma bajo tu autoridad a Fulano, Mengano y Zutano y a los expertos escribas de Borsippa –ciudad cercana a Babilonia capital– y consigue todas las tablillas que hay en sus casas y las tablillas depositadas en el templo de Ezida” –precisamente el gran templo de Borsippa y sede del dios Nabu–.

La carta especifica luego los textos y series que interesaban particularmente a Ashurbanipal: Crónicas bélicas, quizá como memoria histórica, rituales concretos de la serie Shu il-a (alzamiento de los brazos), inscripciones y, en sus palabras, *“todo lo bueno para la realeza”*. A todo ello añade además ésto:

“Busca y envíame cualquier extraña tablilla de la que tengas noticia y que no exista en Asiria. ¡Nadie ha de ocultarte tablillas! Y si hay alguna tablilla o ritual que no te he mencionado y crees que es buena para mi palacio, cógela y envíamela”.

Según recuerda el colega Saggs,⁵ esta carta habría estado escrita muy verosímilmente, como decimos vulgarmente nosotros, con el puño y la letra (en este caso el cuneiforme) del propio Ashurbanipal, con lo que, si esta observación fuera correcta, estaríamos ante un hecho poco documentado, a saber: el del rey-escriba, especialmente sensible hacia la tradición y preocupado también, seguramente, por detectar desde la tradición sapiencial babilónica cualquier signo o augurio de desastre o desestabilización inminente para Asiria (concretamente en los rituales).

Dicho sea de paso que Ashurbanipal no era precisamente un hombre que viviera de espaldas a su tiempo, dedicado en cuerpo y alma a la cultura. Fue, como es bien sabido, uno de los grandes reyes asirios del último período, con un sentido muy acusado de los intereses de estado y defensor a ultranza del mismo, por aquel entonces titular de un impresionante imperio en el Próximo Oriente, desde Palestina hasta Elam (Irán).

⁵ H. W. F. Saggs, *The Might that was Assyria*, Londres, 1990.

Pero volviendo a la Biblioteca, la mayoría de sus tablillas fueron *copiadas* para ser depositadas en sus archivos. Y esta conclusión se deduce fácilmente de los colofones o etiquetas que se encuentran al final de estos documentos y que son, según se ha logrado determinar, de veintitrés patrones diferentes. De entre ellos, quizá el más elocuente –también sin duda por su contenido piadoso– es el siguiente bellísimo colofón que sigue a un texto literario de tradición babilónica rescatado para la Biblioteca:

“(Texto) Escrito y colacionado de acuerdo con su antiguo modelo. Yo Ashurbanipal, rey de la totalidad, rey de Asiria, a quien Nabu y su esposa han otorgado aguda comprensión y clarividencia para captar la brillante esencia de la escritura, que ninguno de los reyes que me precedieron jamás comprendió, escribí en las tablillas la sabiduría de Nabu, la pericia de los signos cuneiformes en toda su extensión, y los comprobé y colacioné. Los deposité para la posteridad en la biblioteca del templo de mi señor Nabu, el gran señor, que se encuentra en Nínive para acompañarme, para guardar mi alma y protegerme de la enfermedad, y para mantener firme el fundamento de mi trono real. Oh Nabu, contempla con satisfacción y bendice siempre mi realeza. Cuando acuda a ti, atiéndeme. Si paseo por tu templo, no dejes de guardar mis pasos. Y si este trabajo es depositado en tu templo y colocado ante ti, contéplalo y recuérdame con favor”.

Este cuidado por la autenticidad y conservación de la tradición original, desde un modelo canónico babilónico, oficialmente reconocido para la época, se corresponde con un cuidadoso sistema de archivado. Sin embargo, aunque existen catálogos de títulos conservados en los fondos de las bibliotecas, los métodos de la arqueología del siglo XIX no registraron la exacta localización de los textos. Es claro, no obstante, que la tipología de éstos en cualquier caso muestra un enorme interés por preservar la literatura escolástica babilónica. En la Biblioteca se encuentran:

- Series de presagios, que forman sin duda la categoría más numerosa y mejor clasificada en sus múltiples variantes
- Textos de la tradición escribal mesopotámica entre los que figuran listas de signos cuneiformes explicativas, listas de sinónimos, vocabularios y textos bilingües en sumerio (la lengua de la tradición culta) y acadio, etc.
- Series de rituales y encantamientos enormemente interesantes
- Mitos y epopeyas de la tradición babilónica que alcanzan aproximadamente unos cuarenta textos. Mientras los mitos se refieren a historias de dioses, las epopeyas relatan hazañas humanas, básicamente de héroes legendarios.

Entre los mitos más célebres de esta colección destaca el *Mito de la Creación*, centrado en la Fiesta de Año Nuevo de Babilonia, en el que se reconoce no sólo la incorporación y readaptación de otros mitos más antiguos, sino también la manipulación del texto en beneficio de los intereses políticos y la propaganda del poder real asirio.

Entre las epopeyas mesopotámicas más conocidas gracias a la Biblioteca de Ashurbanipal destaca, como resulta bien conocido, la *Epopeya de Gilgamesh*, el legendario rey-héroe sumerio de la ciudad de Uruk, cuyas hazañas fueron reunidas y traducidas al acadio por un poeta babilonio en un solo texto magistral, en el que se incorporó, además, la Historia del Diluvio, ajena originalmente al relato sumerio. La inalcanzable inmortalidad es el tema central de esta epopeya que, en cualquier caso, no se encontró completa en los diversos ejemplares hallados en Nínive⁶.

Por otra parte, también la Biblioteca de Ashurbanipal ha sido la fuente principal de nuestro conocimiento de la literatura sapiencial babilónica, que en algunos ejemplos concretos no supone sino un precedente claro de los libros bíblicos de *Proverbios*, el *Libro de Job* y el *Eclesiastés*. De esta literatura sapiencial destacan obras como *El Cuento del Justo Sufriente*, *La Teodicea Babilónica* y el *Diálogo del Pesimismo*, en las que se expresa la muy humana necesidad de conservar la fe junto al pragmatismo de una existencia plena de misterios insondables.

GEORGE SMITH

Este mundo insondable y completamente desconocido hasta el final del siglo XIX fue, precisamente, el que tuvo ante sí George Smith al examinar en el Museo Británico, muchos siglos después, los viejos textos originales de la Biblioteca de Ashurbanipal. Unos documentos de la tradición culta mesopotámica en los que se ocultaba, bajo la barrera de la escritura cuneiforme, información histórica de extraordinaria relevancia que para la ciencia decimonónica de la época, inmersa en cambios acelerados de largo alcance científico, era preciso leer, entender e interpretar, liberada en la medida de lo posible del encorsetamiento moral de la época.

El proceso de investigación iniciado en el siglo XIX, en lo que se ha llamado el *Redescubrimiento de Asiria* para nuestra incompleta memoria histórica, no es en realidad sino el último eslabón especialmente activo de un largo proceso jalonado por precedentes que se cruzan en el olvido de Asiria tras el colapso del siglo VII a.C. con la caída de Harran.

⁶ Puede consultarse en la versión española de F. Lara Peinado, *Poema de Gilgamesh*, Madrid, 1983.

Según parece, en tan solo dos siglos desaparecieron prácticamente del paisaje normesopotámico las antiguas ciudades asirias, de las que solo sus contornos eran ya reconocibles al observador de aquellas ruinas, que permitían barruntar a ciegas un pasado más o menos esplendoroso. Ese fue, por ejemplo, el caso del historiador y militar griego Jenofonte, quien como partícipe en la expedición de Ciro en la así denominada *Marcha de los Diez Mil* pasó sin saberlo por el otrora país asirio en retirada desde Persia a Grecia en el 401 a.C., recalando en lugares como Kalhu (la bíblica Calah, hoy Nimrud) y la mítica Nínive, que describe como ciudad inexpugnable:

... Los enemigos, después de semejante resultado, se retiraron, mientras que

*los griegos avanzaron el resto del día con seguridad y llegaron hasta el río Tigris. Allí había una ciudad desierta, grande, cuyo nombre era Larisa (*antigua Calah asiria) habitada antiguamente por los medos. La anchura de su muralla era de veinticinco pies y su altura de cien. Su perímetro era de dos parasangas. Había sido construida con ladrillos cocidos y estaba asentada sobre unos cimientos de piedra de veinte pies de altura. El rey de los persas, cuando éstos pretendían apoderarse del imperio de los medos la asediaba y no podía tomarla de ninguna manera. Pero una nube ocultó el sol y la hizo invisible, hasta que sus moradores la abandonaron, y así fue tomada. Junto a esta ciudad había una pirámide de piedra de un pletro de ancho y dos de alto. Sobre ésta había muchos bárbaros que habían huido de las aldeas próximas.*

*Desde allí recorrieron, en una etapa, seis parasangas hasta una muralla desierta, grande, situada junto a una ciudad. El nombre de la ciudad era Mespila (*Nínive); en otro tiempo la habían habitado los medos. Los cimientos de la muralla eran de piedra pulimentada, incrustada de conchas; tenía cincuenta pies de ancho y cincuenta de alto. Sobre ésta se había construido una muralla de ladrillos de cincuenta pies de anchura y cien de altura. Seis parasangas medía el perímetro de la muralla.⁷*

La memoria de Asiria y Nínive pervive aún unos siete siglos más tarde en las *Res Gestae* de Amiano Marcelino (siglo IV d.C.), si bien de manera más vaga y confusa. Referencias de interés se encuentran, por ejemplo, en sus libros dedicados a la expedición de Juliano contra los persas:

14,8:7: ... *Hierápolis, la antigua Nino,...*

18,7:1: ... *Nínive, la enorme ciudad de Adiabena, ...*

23,3:1: ... *Carras, ... desde allí parten dos vías reales que conducen a Persia, la de la izquierda a través de Adiabena y del Tigris, la de la derecha por Asiria y el Éufrates.*

⁷ Jenofonte, *Anábasis*, Libro III, 4:6-12 (según la versión de R. Bach Pellicer, Biblioteca Clásica Gredos, 52, Madrid 1982).

23,6:20: ... Adiabena, llamada antiguamente Asiria, ...

23,6:22: En esta región de Adiabena está la ciudad de Ninos, que en otro tiempo era la que dominaba en Persia, y que recibió su nombre del poderosísimo rey Nino, marido de Semíramis. ...⁸

Después de ocho siglos, los descendientes de Ashurbanipal se convirtieron en cristianos conservando probablemente algo de la vieja memoria original, con la que combinaron tradiciones más que cercanas de la Biblia. Este libro, de hecho, conserva especialmente viva la memoria de Asiria y particularmente la de Nínive, que fue, por ejemplo, según la propia Biblia, refugio del profeta Jonás, tradición que ha continuado hasta nuestros días bajo una mezquita y la creencia islámica arraigada en Mesopotamia desde el siglo VII de nuestra era.

Aparte de algunos viajeros árabes del siglo X que se hicieron también eco de esta tradición de Jonás en el distrito de Mosul, cabe recordar aquí para nuestro modesto orgullo en los estudios de Orientalística, que el primer viajero europeo conocido que visitó Nínive en el siglo XII fue el navarro rabí judío Don Benjamín de Tudela, de quien se conserva un testimonio de Nínive como lugar en el que pervivían, dentro de las ruinas del yacimiento, comunidades judías descendientes de la tradición bíblica.

Después, muchas otras visitas de viajeros árabes y europeos se han hecho eco casi siempre en sus crónicas de la conciencia de que aquellas ruinas de Kuyunjik en el norte de Irak fueron en tiempos remotos la mítica Nínive.

En el siglo XIX, este redescubrimiento europeo de Asiria entraría en una fase decisiva. Los tiempos acompañaban además porque se vivía entonces en Europa una etapa apasionante desde el punto de vista científico, muy especialmente en Inglaterra. Una época de replanteamiento de muchos presupuestos y teorías sobre nuestro lugar en el tiempo y en el espacio, iniciada alrededor de más de un siglo antes por Isaac Newton. Éste ya había marcado, en efecto, una clara diferencia entre dos concepciones del mundo: la que creía en la providencia divina y la que concebía la realidad como un todo más o menos ordenado y regido por leyes naturales.

Precisamente en la época de la que aquí nos ocupamos, Charles Darwin publica en 1859 su *Origen de las especies por la selección natural*, revolucionando viejas concepciones y planteamientos sobre los orígenes de la vida basados hasta entonces en la oscuridad del mito y la leyenda. Sin duda, George Smith debió de vivir de cerca este ambiente científico renovador en el Londres de la época, que encontró extensiones científicas en otros campos.

⁸ Seguimos aquí la versión ofrecida por M. L. Harto Trujillo, *Amiano Marcelino. Historia*, Akal/ Clásica, Madrid, 2002. Sobre Asiria en Amiano *cfr*: también: 23, 2:7; 23, 3:5; 23, 6:14; 23, 6:27; 24, 1:1; 24, 8:4; 25, 4:13: “la calurosa Asiria”; 25, 6:8.

En los mismos comienzos del siglo XIX, y como consecuencia del dominio colonial europeo en el Próximo Oriente, el interés por explorar el suelo de los antiguos pueblos citados en la Biblia empezó a materializarse mediante misiones concretas.

Después de algunos precedentes, como por ejemplo los magníficos trabajos de C. J. Rich,⁹ las exploraciones de Asiria continuaron más intensamente a partir de 1843 con el vicecónsul francés en Mosul, Paul-Émile Botta, quien impulsó la prospección sistemática de los lugares de Korsa-bad y Kuyunjik en donde se ocultaban (en esta última), después se confirmó definitivamente, las ruinas de la antigua Nínive.

Dos años después los ingleses, bajo la dirección de Henry Austen Layard, iniciaron excavaciones, llamémosle arqueológicas, en los túmulos de Nimrud y en otros lugares de la zona, hasta que en 1849 comenzó otra expedición financiada por el Museo Británico de enorme éxito, no sólo por los resultados sino también por la manera en que Layard conectó y presentó sus descubrimientos en relación con el relato bíblico.

Uno de los hitos arqueológicos de estas investigaciones pioneras fue precisamente el descubrimiento de la Biblioteca de Ashurbanipal, que tuvo lugar durante la segunda etapa de las excavaciones de Layard en Asiria.

Junto a objetos bien conocidos ya en la época como bajorrelieves asirios y los famosos colosos alados, Layard descubrió entre 1849 y 1851 en Kuyunjik-Nínive una primera y considerable cantidad de tablillas con escritura cuneiforme.

La conciencia de la importancia de este hallazgo fue inmediata, puesto que era obvio que, una vez que se hubiera descifrado completamente el cuneiforme, este material proporcionaría información directa sobre el pensamiento y las categorías mentales de estos pueblos, y también, por consiguiente, información sobre su universo religioso, literario e intelectual.

La segunda misión de Layard en Nínive abrió camino a una tercera financiada por el Museo Británico, dirigida esta vez por el discípulo de Layard, el iraquí Hormuzd Rassam, el cual se encontró excavando en Nínive al mismo tiempo que los franceses en una casi irrisoria carrera en busca de tesoros, ésa es la verdad.

La suerte estuvo del lado del arqueólogo iraquí, quien descubrió entonces nada menos que los famosos bajorrelieves de la “Caza del León” de Ashurbanipal, expuestos hoy en las salas del Museo, y, sin aún saberlo, el grueso de la famosa Biblioteca de Ashurbanipal, el último gran rey de Asiria, que constituye sin lugar a dudas el fundamento de la ciencia asiriológica.

⁹ Cfr. C. J. Rich, *Narrative of a Residence in Koordistan and on the Site of Ancient Nineveh*, 1836.

Aunque las excavaciones continuaron en la zona, es obvio que el mayor interés se centraba ahora en la importancia histórica de la información que proporcionaba la Biblioteca.

El rastro de George Smith en esta vorágine de expediciones y descubrimientos comienza a perfilarse bajo la sombra de otro de los padres de la Asiriología: Henry Rawlinson quien, después de la creación de la Fundación para la Exploración de Asiria en 1852, participaba activamente en los trabajos de Nínive.

Rawlinson abandonó su puesto de cónsul general en Bagdad para dedicarse en Londres en cuerpo y alma al desciframiento de la escritura cuneiforme, objetivo que la sociedad de la época no dejaba de contemplar con una mezcla de fascinación y escepticismo.

Ocurrió entonces el famoso experimento organizado por la Real Sociedad Asiática (Royal Asiatic Society) mediante el cual Rawlinson y otros investigadores debían ofrecer independientemente en 1857 una traducción de una nueva y larga inscripción. Cuando los resultados de este experimento se compararon, la similitud de las cuatro traducciones permitió concluir que el desciframiento básico del babilónico y del asirio se había logrado.

En realidad, esta aventura intelectual del desciframiento de la escritura cuneiforme ya había comenzado años antes desde el persa aqueménida, proceso apasionante en el que no podemos profundizar aquí.

En toda esta historia en la que nuestro país no cuenta para nada, nos queda otra vez el modesto orgullo, como en el caso de Nínive, de reconocer que el primer europeo que había ofrecido ya más de dos siglos antes, hacia 1618, la primera descripción publicada de la escritura cuneiforme había sido precisamente otro español: el ilustrado embajador de España en Persia, Don García de Silva y Figueroa, quien no sólo identificó correctamente las ruinas de Persépolis, sede de la dinastía aqueménida, basándose en descripciones de autores antiguos como Diodoro o Plutarco, sino que hizo el primer elogio de los bajorrelieves de Persépolis y ofreció también la primera descripción conocida de la escritura cuneiforme:

“Existe –decía– una impresionante inscripción tallada en jaspes negro. Sus caracteres todavía son claros y brillantes, increíblemente libres de daño y deterioro a pesar de su muy grande edad. Las letras mismas no son ni caldeo, ni hebreo, ni griego, ni árabe ni de ningún pueblo que pueda haberse conocido hasta ahora o que haya existido jamás. Son triangulares, en la forma de pirámides u obeliscos diminutos, como están ilustradas en el margen (su editor ofrecía una delta griega como ilustración), y son todas idénticas excepto por la posición y ordenación. Sin embargo, los caracteres resultantes de la composición son extraordinariamente diferentes”.

Esta fue durante 30 años más la única noticia excelentemente publicada en Europa sobre la escritura cuneiforme. Poco después, en 1625, también el viajero italiano Pietro della Valle había escrito a un amigo su descubrimiento del cuneiforme en las ruinas de Ur, la antigua ciudad sumeria.

El desciframiento del cuneiforme persa había conocido muchos meritorios fracasos, sumamente complejos y llenos de muy agudas observaciones (como por ejemplo las de Carsten Niebuhr) pero fracasos al fin y al cabo, en parte porque era el primer desciframiento de una lengua antigua que había de realizarse aún sin la ayuda preliminar de una versión bilingüe conocida. El primero en tener éxito en la empresa fue el alemán Georg Grotefend, quien logró identificar por vez primera nombres propios y títulos de reyes persas, descifrando así algunas inscripciones.

Para entonces, la filología comparada se había convertido ya en un instrumento indispensable de investigación y deducción, y la aparición de muchos más textos permitió completar y confirmar el desciframiento.

El mayor crédito de este logro que permitió el acceso al resto de las escrituras cuneiformes del Oriente Próximo se debe precisamente al gran maestro de George Smith, el citado Rawlinson, que fue modelo del humanismo tardovictoriano del que tanto se impregnó Smith.

Rawlinson, que permaneció nada menos que 22 años en Oriente entre obligaciones políticas y militares, cultivó *in situ* un enorme interés por la Persia antigua, y de este interés surgió, entre 1835 y 1839, su espectacular copia de la gran inscripción de tres columnas de Darío en el acantilado de Behistún, jugándose literalmente la vida.

Determinó –ahora se dice bien rápido y fácil– que la primera columna estaba escrita en persa antiguo. Este hallazgo en 1846 permitió acceder a la lengua de la tercera columna que resultó ser, después de un arduo trabajo de cinco años hasta 1851, babilónico, de enorme importancia para el futuro de la Asiriología. La segunda columna de la Inscripción de Behistún, redactada en elamita, no fue descifrada hasta cuarenta años más tarde en 1890.

La proeza humanística y filológica de Rawlinson fue de incalculable valor para la ciencia asiriológica, y culminó en la edición de su obra: *Cuneiform Inscriptions of Western Asia*, publicada por el Museo Británico. En esta obra precisamente colaboró de manera muy activa George Smith: El Museo había encargado a Rawlinson la publicación de sus colecciones de textos cuneiformes, pero el copiado de los mismos lo hacía una serie de colaboradores, el más notable de los cuales fue, al parecer, el joven Smith.

Casi unos veinte años después del desciframiento por Rawlinson del babilónico, George Smith trabajaba en 1872 como joven empleado en el Museo Británico y participaba también directamente en sus misiones arqueológicas en el Oriente Próximo.

En realidad, Smith iba para grabador de billetes de banco a los 14 años, pero su interés desbordante por la Biblia y la fascinación que despertaron en él los hallazgos traídos de las misiones en Asiria le llevaron a pasar mucho tiempo en el Museo Británico. Esta afición desmedida se convirtió finalmente en oferta oficial de empleo, dada la habilidad de Smith para conseguir los famosos *joins* de fragmentos de textos cuneiformes de Nínive, *joins* que, por cierto, aún se cantan con alegría en la sala de estudiantes del Museo Británico, para quien tiene la fortuna de encajar un par de fragmentos.

Smith se introdujo por tanto en el dificultoso arte de leer y comprender la escritura cuneiforme acadia, y en 1866 se convirtió en Asistente del Departamento de Antigüedades Orientales del Museo Británico, desde donde continuó sus copias de tablillas destinadas a una posterior publicación. Ya como especialista, como asiriólogo, Smith hizo en 1872 uno de sus grandes descubrimientos si no el mayor:

En uno de los fragmentos de las tablillas de Nínive encontró una versión asiria de la leyenda bíblica del Diluvio Universal. El anuncio oficial de este sorprendente hallazgo en diciembre del mismo año ante la Sociedad de Arqueología Bíblica provocó tanto interés en el gran público que se reanudaron las excavaciones en Nínive, sobre todo para intentar encontrar –ardua cosa– nada menos que los fragmentos restantes del relato asirio del Diluvio. Incluso el diario londinense *The Daily Telegraph* ofreció 1000 guineas para la empresa, con la condición de que George Smith encabezara personalmente la expedición. Después de todo, Smith había probado ser un experto en descubrir y encajar *joins* en el Museo Británico, y se le confiaba, por tanto, encontrar el tesoro como si fuera él mismo un talismán de la suerte.

Esta aventura se inicia a comienzos de 1873 y, después de salvar diversos obstáculos, se materializa propiamente dicho en el mes de mayo con nuevas excavaciones en Nínive. Milagrosamente sucedió el tan esperado sueño: En sólo una semana apareció un fragmento que completaba –como si se tratase de un nuevo *join* realizado a distancia– el relato asirio del Diluvio.

En el mes de julio, Smith estaba de nuevo en Inglaterra pero regresó una vez más, a comienzos de 1874, para continuar las excavaciones en Nínive. Estos trabajos proporcionaron varios cientos de tablillas más, una parte de las cuales se quedó –por fin y por torpezas que se achacan al propio Smith– en el suelo originario.

En 1875 Smith publica su obra: *Assyrian Discoveries*, en donde conta sus experiencias personales y profesionales, y al año siguiente volvió al Oriente Próximo para continuar sus investigaciones.

La mala suerte y las difíciles condiciones de vida y salud de la época causaron que George Smith falleciera siendo aún muy joven de disentería

ese año, terminando así abruptamente su espléndida carrera y magnífica contribución a nuestro conocimiento de la civilización mesopotámica.

Tal fue el prestigio alcanzado por Smith en la sociedad de su época, que la escritura cuneiforme llegó incluso a ponerse de moda por un tiempo en la divulgación cultural inglesa. Muchas gentes ajenas supieron ya entonces curiosidades de los asirios y los babilonios.

*

Debemos mucho a George Smith y también a sus maestros. Les debemos nada menos que el haber afrontado los enormes riesgos de su tiempo al protagonizar aquel particular “viaje a la luz”, sin duda una aventura arriesgada y difícil en busca del primer y valioso conocimiento de aquella civilización perdida.

Fruto de esa aventura, debemos a Smith una comprensión más exacta y precisa de nuestros propios orígenes culturales y religiosos que están, precisamente, en el Oriente Próximo.

Mediante su emocionante hallazgo de la versión asiria del Diluvio Universal en la Biblioteca de Ashurbanipal, George Smith nos enseñó que existe siempre una historia previa en el Oriente, una luz más antigua por descubrir que se oculta en el legado milenario de la tradición, y que esconde cosas que nos importan, precisamente porque, al fin y al cabo, son cosas sobre nosotros mismos.

Después de los trabajos de Smith a través del estudio de esa siempre recurrente historia previa, hemos podido retroceder aún mucho más en el tiempo hasta captar el origen sumerio del mito, y del mito del Diluvio en particular. Y esta conciencia de la importancia de la historia precedente y de la tradición estuvo también, sin duda, en la mente del propio Ashurbanipal: El célebre monarca ilustrado que supo del poder que proporciona la información, que era consciente del valor que tiene el legado extraordinario y gratuito de la experiencia, ofrecida desinteresadamente a quien quiera conocerla y que fundamenta los progresos de cualquier sociedad.

Por eso, cuando se ha contemplado desde antiguo las ruinas de Nínive se ha presenciado con mayor o menor claridad una página de nuestro propio paso por este mundo, un paso que sin duda Ashurbanipal trataba de salvar para la memoria histórica de su tiempo formando su espléndida biblioteca.

Al recordar aquí dicha biblioteca y a George Smith como figura historiográfica, no sólo intentamos prestarle un merecido y modesto homenaje. Queremos también reivindicar con él la imprescindible necesidad de proteger y potenciar los estudios de Humanidades, y muy especialmente los estudios de Orientalística Antigua y de Asiriología, para seguir buscando respuestas que nos expliquen cada vez mejor el cómo y el

porqué de nuestro lugar en el universo. Sólo un alma sin raíces, probablemente débil para comprenderse algo mejor a sí mismo en el tiempo y el espacio, puede vivir sin esas respuestas. Muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA DE GEORGE SMITH:

- 1870, *The Cuneiform Inscriptions of Western Asia, III: A Selection from the Miscellaneous Inscriptions of Assyria, prepared ... by ... Sir H. C. Rawlinson ... assisted by George Smith ...*, Londres.
- 1871, *History of Assurbanipal translated from the Cuneiform Inscriptions*, Londres.
- 1872, "On Assyrian Weights and Measures", *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde* 10, pp. 109 y ss.
- 1872, *Notes on the Early History of Assyria and Babylonia*, Londres.
- 1872, "Early History of Babylonia", *Transactions of the Society of Biblical Archaeology* 1, pp. 28 y ss.
- 1873, "On the Date of the Fall of Nineveh and the Beginning of the Reign of Nebuchadnezzar at Babylon, B.C. 581", *Transactions of the Society of Biblical Archaeology* 2, pp. 147 y ss.
- 1874, "On fragments of an Inscription giving Part of the Chronology from which the Canon of Berosus was Copied", *Transactions of the Society of Biblical Archaeology* 3, pp. 361 y ss.
- 1874, "The Eleventh Tablet of the Izdubar Legends", *Transactions of the Society of Biblical Archaeology* 3, pp. 530 y ss.
- 1875, *Assyrian Discoveries. An Account of Explorations and Discoveries on the Site of Nineveh, during 1873 and 1874*, Londres.
- 1875, *The Chaldean Account of Genesis*, Londres.
- 1875, *The Assyrian Eponym Canon*, Londres.
- 1875, *The Cuneiform Inscriptions of Western Asia, IV: A Selection from the Miscellaneous Inscriptions of Assyria, prepared ... by ... Sir H. C. Rawlinson ... assisted by George Smith ...*, Londres.
- 1876, "On some Fragments of the Chaldean Account of the Creation", *Transactions of the Society of Biblical Archaeology* 4, pp. 363 y s.
- 1878, *History of Sennacherib translated from the Cuneiform Inscriptions*, edited by A. H. Sayce, Londres.